

Ruta de astros

Se ha acercado hasta nosotros la artista cinematográfica Merle Oberon.

Su paso, igual que el de las demás estrellas que le han precedido, ha sido en extremo cauteloso, evitando toda popularidad.

Reservadamente, tomó un día de estos su aperitivo en el Hostal de la Gavina, de S'Agaró, y bailó por la noche en el Club de Garbí.

Igualmente, se hospedó en nuestra ciudad, un joven actor alemán de la pantalla.

Total: Que posiblemente en un próximo futuro vamos a ser declarados Meca del cine, del cine en plan de vacaciones.



Semana del 19 al 25 Agosto 1923

El lunes, día 20, se declaran en huelga unos doscientos obreros de la industria corcho-taponera. Los hombres piden un aumento de 1 Peseta por jornal y las mujeres 1'45. La huelga afecta a ocho fábricas. Se exige la supresión del trabajo a destajo.

En el Monopol Bar actúa la conocida cupletista Silvia Campos.

El viernes, día 17, el equipo del Ateneu Sportiu, compuesto por: Soler, Canals, Portas, Casagrán, Sureda, Palahí II, Nadal, Carreró Lluhi, Buxó y Fuster, se trasladó a La Bisbal para contender con el primer equipo de aquella localidad, en un partido en el que se disputaba una magnífica copa ofrecida por dicho Ayuntamiento. Venció el Ateneu Sportiu por 1 a 0, marcado por Lluhi en la segunda parte.

El notable violoncelista Gaspar Cassadó, acompañado al piano por el excelente pianista Blas Net, dan a conocer al público guixolense las obras del eminente compositor local Julio Garreta. Sonata en fa y sonata en do menor.

En el Balneario San Elmo se dan, a diario, sesiones de cine al aire libre.

Fallece en esta ciudad el conocido contratista de obras D. Miguel Pallí.

KIM

anconora

SAN FELIU DE GUIXOLS

27 DE AGOSTO DE 1953

LOS RUIDOS CALLEJEROS

Su majestad el altavoz

Cuando el mañana tenga ya la suficiente perspectiva para emitir veredicto sobre la época presente, a nadie quepa la menor duda que vamos a ser terriblemente zarandeados por el hecho de que, en tal grado de civilización, hayamos construido un artefacto tan monstruoso, como ese cono de metal y cartón, vulgo altavoz, capaz de destornillar los nervios y paciencia del hombre más ecuánime y templado.

Cualquier altavoz, entre los muchos que por doquier existen, colocados en nuestras vecindades adquirió ya casi la misma y nefasta importancia que tiene el átomo o el hidrógeno puestas en plan de explosivo. Porque el altavoz, como su nombre indica, no tiene por lo visto otra función que la de convertir en explosivas lo que, a tono normal, podía ser una muy bella tonadilla musical o una perfecta modulación del canto o la palabra.

Cualquier frase o tonada, disparada a través de un altavoz, reviste, como ya saben, categoría de impacto. Motivo por el cual, los habitantes de una ciudad en paz, pueden verse sometidos moralmente de la noche a la mañana a una tortura semejante a la que hasta hace poco, y por solo citar la más reciente, devastó los campos y ciudades de Corea.

Impactos a quemarropa

La Costa Brava, como no podía ser menos, ha tenido igualmente que sucumbir al bullicio atronador de esos artefactos metálicos que, con voz gangosa, van pregonando, para colmo, todas las birrias de mayor celebridad. De aquel «tengo una vaca lechera» que puso a prueba nuestra paciencia de ayer, al otro «tengo ganas de bailar el nuevo compás» que pone frenética nuestra tolerancia de hoy, es todo un mundo de poco ingenio, chato y barriobajero el que campea por estas latitudes que los dioses distinguieron con sus dones de maravilla. Por lo visto, sea «vaca» o «baiao», el éxito dependió de hacerse con la idea de que uno tiene algo.

Déense una vuelta por Tossa, pongamos como ejemplo, y ve-



rán como los altavoces siguen incontrolados, apuñalando la bendición que podía haber sido aquella villa sin el librefinaje que allí tiene la canción disparada a quemarropa.

En cierta casa de los demás

—Oiga usted, señor Alcalde, —preguntó el escritor a un buen amigo que por estos días visitaba la ciudad—¿tiene usted en su casa un problema igual al que por aquí nos crean los altavoces?

—¿Acaso, podría citarme una que no lo tenga? Menos mal que por lo general, el problema no prospera. Recuerde usted aquellos tiempos en que el altavoz se puso de moda y eran muchas las casas comerciales que abrían boquete en la calle disparando este trabuco. Al fin comprendieron, y la batalla del orden y buen gusto se ganó sin necesidad de disparar un solo tiro.

—Así, como tantas otras, sigue su Autoridad con el arma enfundada?

—De ninguna manera. Ferias y Fiestas quedan en las que a los feriantes hay que aplacarles de algún modo su fiero ardor combativo.

—¿Resolvió usted el problema?

—Lo aminoré considerablemente dividiéndolo en tres partes: Primera. En los casos en que el espectáculo o diversión va con música de fondo, hice aminorarles el volumen de sus tonadillas, para que divirtieran a los que allí acuden a divertirse y no como reclamo para los que se hallan a distancia. Segunda. Señalé unas horas de funcionamiento, dejando sin ruido aquellas en que tanto a la hora de la siesta por la tarde, como a una hora prudencial por la noche, tiene el vecindario derecho a descanso. Y en tercer lugar, prohibí a rajatabla la propaganda de artículos y bobadas por altavoz. La competencia comercial no me opongo a que sea realizada, si quieren, a grito pelado. ¡A ver lo que aguantan! Cosa que dista mucho a que el público tenga que aguantar una feria en plan de manicómio, donde cada alta-

voz es un loco sin camisa que le sujete en su manía.

Bola va y bola viene

Pero es que la Costa Brava no tiene solo altavoces, sino que cuenta además, con un magnífico ensarte de boleras. Y, cuando en verano y a balcón abierto, dormimos como quien dice en una alcoba de la calle, hay que ver lo que fastidia este golpe de bola o de bolos que se caen, sobretodo cuando en el silencio de la noche el traqueteo se produce hasta bien entrada la madrugada.

Turistas, que abandonaron el hotel por esta causa, los hay a montones. El que próximo a unas boleras está afinado, no tiene más remedio que aguantar la vela con el palo de su resignación, o el mástil de su paciencia.

Total, que el turismo nos cogió desprevenidos. Y sin antecedente ni experiencia, estamos hoy purgando nuestros propios pecados. Efectos de una improvisación que, por desgracia, sigue en muchos aspectos tan campante y actual como lo fué en su primer día.

Y así andamos de otras cosas

El que en pleno verano y con la ventana entreabierta nos diga que muy tranquilo puede echar una siesta, resulta ser, sin darse cuenta, el más feliz de los mortales. Que, entre el heladero, el traperero y el manubriero existe por lo visto una consigna impuesta por alguna marca de luminaletas. Y si a ello añadimos el estrépito delirante de las motos a gas libre, tendremos muy completo el panorama de las desdichas que se ciernen sobre la consabida horizontal que tomamos para el silencio.

¡Viva el silencio!

Mientras tanto, las oficinas de Turismo y las Agencias de Viajes van repitiendo su slogan sin el menor rubor ni pestañeo: «Vaya, créanos, a reparar sus fuerzas en un lugar de ensueño que se llama Costa Brava. Huya del ruido de la ciudad para templar sus nervios en ese paraíso del reposo, donde el silencio y la quietud son más enteros y profundos.

A callar tocan

Señores, por favor, un poco más de formalidad y un poco menos de ruido. Tenemos, es cierto, mucho tráfico, pero nada todavía resulta irreparable, porque a nadie se le acudió tampoco, por suerte, instalar ninguna línea de tranvías.

Con prudencia y moderación todo es lícito y posible. Sin huir del orden ni el respeto que debemos a los demás, que nos debemos a nosotros mismos.

Que ni somos, como parece, tierra de nadie, ni estamos filmando, a culetazo limpio, unos metros de película del viejo Oeste americano. — RODIN



«La barrera del sonido»

Llevábamos tiempo sin ver una película de aviación tan convincente. Otras vimos con una trama mejor, pero con cierto interés meramente superficial. En este film inglés: «la procesión — como diría Castany — va por dentro».

Trátase solamente de la tenaz, sorda y dura lucha por conseguir con aviones a reacción atravesar la barrera del sonido, lucha que tuvo su momento histórico después de la segunda Guerra Mundial. La lucha de los pilotos de pruebas contra la pared que en mitad del espacio surge ante ellos inexplicablemente al alcanzar ciertas velocidades, constituye, pues, el asunto de esta cinta. La discreción con que ella está llevada no excluye ciertos momentos de acusada fuerza dramática, como sean todas las escenas del espacio, técnicamente perfectas, y las que preceden a la última parte del film, cuando la primera víctima de la barrera del sonido, deja oír todavía su voz por el dictáfono.

La angustia de los hombres que diseñaban y construían los primeros aparatos a motor de reacción, y la de quienes los probaban, resalta con toda su contundencia en esta película inglesa, cuya presentación en España ha venido afeada por un doblaje pésimo. Especialmente ese gran actor que es Ralph Richardson está desconocido con una voz prestada sin inflexiones y anémica.

Muy sensible en su personaje Ann Todd. Nuestro viejo amigo Nigel Patrick cumple simpáticamente con su misión, y destaca asimismo un convincente joven actor: Jhon Justin.

Dirigida por David Lean, sobre argumento del conocido guionista inglés Terence Rattigham, la cinta presenta una espléndida fotografía de John Wilax que contribuye, en no poca medida, a su valor.

J. Vallverdú A.